

París, setiembre de 1957.

Amigos:

“Se cumple ahora un año de mi llegada a París. Setiembre. Todo en estos días evoca el recomienzo. Los parisien- ses regresan de las vacaciones; encan- dilados todavía por el sol de las playas, este otoño precoz les hace aparecer más grises las calles, los puentes, el Se- na. La ciudad se recupera después de su pasajero letargo. En este momento empiezan a llegar, de todas partes del mundo, los estudiantes que han viaja- do hasta acá buscando la Tierra Pro- metida. Como yo, hace justamente un año.

“Obtuve entonces del gobierno fran- cés una beca de las llamadas técnicas para realizar un curso de *refinación e ingeniería química* en la Escuela Na- cional Superior del Petróleo. Este tipo especial de becas está a cargo del Mi- nisterio de Asuntos Económicos (y no del de Educación, como las otras) e importa una mensualidad de 60.000 francos, más 20.000 francos anuales pa- ra la compra de libros. Es notable, di- cho sea de paso, la perfecta organiza- ción de la oficina encargada de los be- carios, como así el trato deferente y la bonísima voluntad por parte de sus

funcionarios. Lo mismo cabe decir del “Comité d’Accueil aux Etudiants Etrangers”, organismo dependiente del Ministerio de Educación que se ocupa de todo lo referente a los estudiantes extranjeros, sean o no becarios.

“Los estudios que me proponía reali- zar en la mencionada Escuela corres- ponden a uno de sus cuatro ramos de especialización: a) Geología y geofísica; b) Perforación y explotación; c) Refi- nación e ingeniería química; d) Moto- res y aplicación de los productos del petróleo. La escuela, un edificio mo- derno y bien equipado, está situada al oeste de París, en Rueil-Malmaison, departamento de Seine-et-Oise, a una hora de viaje, entre “subte” y ómni- bus, de la Ciudad Universitaria, don- de vivo. Rueil-Malmaison es una bo- nita villa que forma bloque con Pa- rís; allí está el famoso Château de la Malmaison que fuera residencia de la emperatriz Josefina, convertido hoy en museo napoleónico.

“La Escuela —dependiente del Ins- tituto Francés del Petróleo— recibe co- mo alumnos a ingenieros, químicos y geólogos egresados de los diferentes institutos de enseñanza superior de Francia. Este año el número de alum-

CARTAS DE BECARIOS

nos es de 300, de los cuales alrededor de una decena son extranjeros. Es interesante recalcar que la totalidad son becados por el Instituto del Petróleo, recibiendo 55.000 francos mensuales y el material de estudio publicado por el mismo Instituto. Además, en los laboratorios de investigación trabajan técnicos contratados al efecto con carácter estable ("full-time"), lo que facilita la concentración en una única actividad; creo que es ésta la principal diferencia con nuestros profesionales, pues la preparación técnica básica es muy semejante. Las clases se dictan diariamente, de 9 a 12 de la mañana; se almuerza en la cantina de la Escuela y se vuelve a comenzar a las 13.30 prolongándose hasta las 17. Antes de iniciar los cursos, en setiembre, es obligatorio hacer una estada en alguna de las destilerías de Francia: por su parte, los alumnos de las secciones de Geología y Perforación —las mejores organizadas en mi opinión— realizan durante varios meses estudios sobre el terreno. Pienso que sería de utilidad para nuestro país —donde la industria petrolera fiscal tiene tan grande porvenir y a la par tanta necesidad de expertos— la creación de una Escuela semejante a la francesa, que podría surgir de una oportuna coordinación entre Y. P. F. y la Universidad.

"En los demás aspectos, la vida del estudiante extranjero en París se ve facilitada por una perfecta organización puesta a su servicio. Esta preocupación por ayudar a los estudiantes pobres viene de lejos: en 1253, Roberto de Sorbón, conmovido por las privaciones sin cuento que sufrían muchos *scholares* medievales, fundaba un "Co-

legio " para dar asilo y enseñanza a "dieciséis pobres maestros en Artes aspirantes al doctorado de Teología". Así nació la célebre SORBONA, que no pocos confunden con la Universidad de París. (LA SORBONA de hoy, que sobre las laderas de la montaña de Santa Genoveva, se levanta, tres veces reconstruída, en el mismo lugar que primitivamente ocupara el "Colegio", es asiento de oficinas universitarias, de la Academia de París y de las facultades de Ciencias y Letras)

"El ejemplo de Roberto de Sorbón encontró bien pronto imitadores, y establecimientos similares, prodigiosamente multiplicados, vinieron a aliviar la situación de buena parte de la población estudiantil.

"Y casi siete siglos después, en 1920, apenas terminada la primera guerra mundial, otro espíritu emprendedor, M. André Honorat, a la sazón ministro de Instrucción Pública, en parte para satisfacer apremiantes necesidades de los universitarios y en parte para desarrollar el sentido de solidaridad y mutua comprensión de las juventudes estudiantiles de todo el mundo, concibió la idea de llevar a cabo una idea parecida a la del Capellán del Rey San Luis. Así fué como, con la ayuda de numerosas personalidades y de generosos donantes de diversos países, en un terreno desolado de la periferia parisense, hasta ese momento lleno de casuchas y de gente de mal vivir, logró construir, en menos de veinte años, la Ciudad Universitaria, uno de los sitios más bellos y agradables de la capital de Francia. Frente al parque de Montsouris —del que está separado por el anchuroso boulevard Jourdan—, en un magnífico dominio de 40 hectáreas, se

levantan, rodeados de jardines y bosques, veintiocho pabellones de diferentes países, algunos mantenidos por fundaciones privadas, otros directamente por los respectivos gobiernos. Los estilos de todos ellos son distintos, dando a la *Cité*, como alguien ha dicho, un cierto aspecto de "exposición universal": mientras la Casa de Cuba recuerda las mansiones coloniales del Vedado de La Habana y la de Grecia rememora el Partenón, el pabellón de Suiza, debido a Le Corbusier, muestra, en contraste, una avanzada expresión de la arquitectura moderna.

"La *Ciudad* pertenece íntegramente —terreno e inmuebles— a la Universidad de París, que la administra por intermedio de la "Fundación Nacional de la Ciudad Universitaria". Este organismo dirige los servicios comunes de la *Cité*: Casa Internacional, hospital y consultorios médicos, restaurantes, biblioteca, etc; administra directamente diez pabellones: Casa de la Escuela de Artes y Oficios, Fundación Detsch de la Meurthe, Colegio Franco-Británico, Fundación Víctor Lyon, y las Casas de Marruecos, Mónaco, Noruega, Armenia, Cuba y la de las Provincias de Francia. Y con respecto a las otras fundaciones, ejerce los poderes de la Universidad, es decir de propietaria; cada una de éstas tiene un Consejo de Administración y un Director, por lo que la acción de la Fundación Nacional se reduce a la indispensable coordinación de los servicios administrativos, culturales y técnicos que complementan la actividad de cada fundación particular. De esta liberalidad dice el reglamento de la Fundación: *Todo lo que la Ciudad ha creado y realizado se halla a entera dis-*

posición de los estudiantes de París. La Fundación Nacional les pide solamente hagan buen uso de ello, de manera que otros puedan después beneficiar de las mismas ventajas. Los estudiantes tiene completa libertad para trabajar como mejor les plazca con tal de no perturbar el trabajo de sus camaradas. Es la única norma que se les pide acepten como dictada por el interés general.

"Con objeto de facilitar el contacto frecuente de los estudiantes venidos de todas partes —dando lugar a conocerse y comprenderse, que es el mejor camino para una paz efectiva—, en el corazón mismo de la *Cité* se levanta la "Casa Internacional", donada por John Rockefeller (hijo) en 1935. Los 3.000 habitantes de la Ciudad Universitaria encuentran en esta casa su club común: dos amplios restaurantes (hay un tercero en otro lugar del parque), que sirven alrededor de 7.000 comidas diarias, proporcionan alimentación sana a precios que oscilan entre 85 y 180 francos (pagan este último precio los mayores de 25 años); un teatro, con 1.200 plateas, donde se ofrecen regularmente conciertos, ballets, representaciones dramáticas o funciones de cine a precios reducidos; en el segundo piso, una bien provista biblioteca (25.000 volúmenes) y una amplia sala de lectura; gimnasio y piscina cubierta; salón de fiestas, donde se baila los domingos por la tarde; y, finalmente, el servicio médico (que registra la ficha sanitaria de todos los estudiantes), con consultas estables de clínica general, otorrinolaringología, oftalmología, odontología, rayos X, laboratorio y 25 habitaciones para hospitalización.

CARTAS DE BECARIOS

“La Argentina tiene también su pabellón —el cuarto en antigüedad— donado por el Sr. Otto Bemberg e inaugurado en junio de 1928. Posee 76 habitaciones individuales, de las cuales 24 son para mujeres, y tres habitaciones dobles para matrimonios. Completa “nuestra” casa una biblioteca y un gran salón para reuniones, con piano, televisor y tocadiscos. (El precio —supongo que interesará el dato a futuros becarios— es ¡por ahora! de 7.000 francos por persona, proporcionándose un servicio de desayuno por 45 francos). Depende del Ministerio de Educación, bajo la dirección de un funcionario designado por aquél, y me place destacar que está muy bien mantenido, con personal que se ocupa de la limpieza de las habitaciones y dependencias. Además de argentinos, el pabellón recibe un tanto por ciento, fijado por el reglamento, de estudiantes latinoamericanos y franceses.

“Los detractores de este sistema de vida en comunidad, argumentan que vivir en la Ciudad Universitaria no es vivir en París. Que no se llega a conocer profundamente ni su “ambiente” ni su “atmósfera” peculiares. Puede ser que tengan razón. Pero en cambio, qué mejor oportunidad para confraternizar y hasta crear lazos de amistad con gente de otras razas, venidas de países fundamentalmente diferentes al nuestro en muchos casos. Es ésta una positiva experiencia —un valioso testimonio— que bien compensa perder en algo la auténtica vida parisiense.

“Y sin embargo, ¡cómo se puede llegar a sentirse adaptado, casi arraigado, en esta ciudad que comienza por desilusionar y termina por conquistar definitivamente! A ella se llega cargado

de preconceptos y habiéndose forjado una imagen muy de guía de turismo. La realidad, como siempre, es distinta. No mejor ni peor. Es otra cosa, que sólo se capta después de un tiempo de paciente búsqueda pasiva, si así puede decirse. Cuando comienzan a perfilarse lugares, rincones insospechados; cuando la piedra ennegrecida de iglesias y monumentos resulta familiar, acogedora; cuando se descubre un encanto distinto en el paseo habitual a orillas del Sena, desde cuyos murallones las alacenas de los “bouquinistes”, repletas de viejos libros, propagan simpáticamente la cultura... Y cuando se llega a entender claramente el francés, asombrosamente rápido y abreviado de los parisienses.

“A partir de entonces comenzamos a sentirnos menos extranjeros. París se nos ha abierto. Sonreímos en la calle al escuchar al azar diálogos con mucho de “argot”, menos impecables por cierto que los de la Comédie Française. Y ya conocemos de memoria las combinaciones del “metro”.

“No obstante, no pretendo cegarme con los atractivos que como ciudad ofrece París. Debo admitir que para el extranjero, el turista de paso, la acogida no es cordial. El parisién medio se presenta así, de primera intención, como alguien malhumorado, fácilmente irritable, poco amable. ¿Qué el mal es de toda gran capital? Quizás, pero personalmente creo que es algo muy característico de París.

“El estudiante, en cambio, que se instala por un tiempo, ve como esa barrera desaparece poco a poco, se siente tratado con deferencia y gozando de todas las facilidades que su condición le trae aparejada. Este es mi

caso particular: como profesional deseoso de perfeccionarme y especializarme he encontrado la oportunidad que buscaba.

“Desde otro ángulo, no menos importante, París me ha brindado la ocasión de gozar innumerables manifestaciones culturales y artísticas. La temporada teatral, particularmente; esto como “amateur” ansioso de ver espectáculos de calidad, aunque los críticos sigan hablando de decadencia... En el ciclo del TEATRO DE LAS NACIONES, tres realizaciones magníficas: la de J. L. Barrault: de la obra de Paul Claudel *Partage à Midi*; la de Peter Brook, de *Titus Andronicus* de Shakespeare (en una admirable interpretación de Lawrence Olivier y Vivian Leigh) y la de F. March de la pieza de O'Neill *Largo viaje en la noche*. Muy importante es también la labor que lleva a cabo el TEATRO NACIONAL POPULAR,

que a mediados de año visitó Buenos Aires. Puedo citar dos representaciones que me dejaron muy buen recuerdo: *Final de Partida*, de Samuel Beckett, en teatro moderno; y una deliciosa versión de *Escuela de Mujeres*, de Molière.

“La carta ha resultado demasiado larga tal vez, pero he querido aprovechar la coyuntura que me ofrecía la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD para comunicarme con el ambiente universitario de mi ciudad. Aquí, pues, termino: pese a lo intenso del trabajo y a las precarias condiciones económicas (aunque los estudiantes obtienen reducciones de precio hasta... ¡para los “cabarets”!), ¿necesito agregar que la vida de un becario en París no carece de encantos?

Cordialmente.

Ernesto R. de la Serna